

## INDICE

- 1.- Si una espina me hiere...NERVO, Amado.
- 2.- Bolívar.....CARLYLE, Thomas.
- 3.- El Punto Final....VELASQUEZ, Samuel.
- 4.- Dulce Francia!.....TOVAR, Rómulo.
- 5.- Nuevos Reductos....VARONA, Enrique José.
- 6.- La Elegía de Gray.....AÑIMO.
- 7.- Lo Sustancial, lo Cualitativo....  
GONZALES DIAZ, Francisco.
- 8.- Cultivemos nuestro Jardín.....  
CASTELLANOS, Jesús.
- 9.- Loores a San Isidro Labrador.....  
TEJADA, Gonzalo M. de.
- 10.- Los Barones Ilustres de Pablo Jovio.  
HISPANO, Cornelio.
- 11.- El Concepto de la Patria..RODO, José  
Enrique.
- 12.- Los niños juegan a la guerra...CARBONE,  
Adela.
- 13.- El Plagio.....RUSKIN, John,
- 14.- Los Amores de la Princesa de Glermont.  
VIZCONDE DE REISSET.
- 15.- Sir Edward Grey y la tragedia del sím-  
bolo.....REYES, Alfonso
- 16.- Bergson y la educación..WHITE, E. M.
- 17.- Del libro de los paisajes...LUGONES,  
Leopoldo.
- 18.- En el Subsuelo...VALLENILLA LANZ,  
Baltazar.

- 20.- El Señor Jesucristo.....DE LA ROSA,  
Leopoldo.
- 21.- De diecisiete a treinta.....ALTENBERG,  
Peter.
- 22.- El Viajero.....MONTANER, Joaquín.
- 23.--Influencia de las Ideas francesas en la  
Revolución de Hispano-América.....  
BARBAGELATA, Hugo.
- 24.- La Perfecta Alegría....LINARES, Oscar.
- 25.- Simiente de Agonías..UHRBACH, Federico.
- 26.- El Culto de la Madre...NIN FRIAS, A.
- 27.- Del Cercado Bíblico...MUÑOZ, Manuel M.
- 28.- Un Buen Queso.....LUGONES, Leopoldo.
- 29.- La Self reliance..PEREZ DE AYALA, Ramón.
- 30.- Los Valores Literarios.....HENRIQUEZ  
UREÑA, Pedro
- 31.- Colección Ariel.....ARAQUISTAIN Luis.
- 32.- El Honor en la Edad <sup>Media</sup>..MAEZTU, Ami-  
ro de.
- 33.- El Arbol y el Hombre..IREGUI, Antonio
- 34.- La Poesía Castellana y <sup>Hubén</sup> Darío.  
DIEZ-CANEDO, E.
- 35.- Apuntes, parábolas, proverbios y cantares.....MACHADO, Antonio.
- 36.- Enseñanza de la Geografía..RECLUS, E.
- 37.- Flor de Madroño.....GONZALES PEÑA, C.
- 38.- Como Byron.....VARONA, Enrique José.
- 39.- Noche de Verano., Soneto a su mujer  
difunta.....LORD DEBENHAM

- 40.- Las Naciones Moribundas....ANONIMO.
- 41.- Europa y América.....ARAUQUITAIN, Luis.
- 42.- La Verdadera Originalidad...MAEZTU,  
Ramiro de.
- 43.- Plegaria.....RENAN, Ernesto.
- 44.- El Milagro de los Claveles...RODRIGUEZ  
CERNA, José.
- 45.- El Mejor Disfraz.....URBANEJA SCHELPOHL,  
Luis.
- 46.- Los Grandes Líricos Alemanes Contempo-  
ráneos.....VARIOS.
- 47.- Hombre contra Hombre...MARGARIÑOS CER-  
VANTES, A.
- 48.- Valor Social del Arbol...CASTRO, Gris-  
tóbal de.
- 49.- La Alegría de la Guerra....MAEZTU,  
Ramiro de.
- 50.- Paredes de Cristal.....VARONA, Enrique J.
- 51.- Mendacidad.....UNAMUNO, Miguel de.
- 52.- El Secreto de la Casa de Eucaliptos.  
MARTINEZ ZUVIRIZ, G.
- 53.- Las ciencias naturales en la escuela  
primaria.....CANTOR, Moises.
- 54.- El Puente de los Suspiros....POMBO,  
Rafael.
- 55.- Bolívar, guerrero....HISPANO, Cornelio.
- 56.- Consideraciones sobre "Don Juan".....  
GARCIA CALDERON, Ventura.
- 57.- La Canción de la Victoria....ANONIMO.
- 58.- D. Mauro Fernández.....TOVAR, Rómulo.
- 59.- Espístola XX del libro I de Horacio.  
GONZALES G, Eloy.
- 60.- El Oro.....GUILLEN ZELAYA, Alfonso.
- 61.- La Tiranía de la Fealdad..MIDDLETON,  
Richard.
- 62.- ¡Pobre Biejo!.....CAMPO, Angel de.
- 63.- Anotaciones.....GOMEZ RESTREPO, A.
- 64.- Poesías de Eugenio de Castro.....  
CASTRO, Eugenio de.
- 65.- Hombre contra Hombre...MAGARIÑOS  
CERVANTES, A.

## Si una espina me hiere. . . .

*Si una espina me hiere, me aparto de la espina  
. . . .pero no la aborrezco.*

*Cuando la mezquindad  
envidiosa en mí clava los dardos de su inquina,  
esquívase en silencio mi planta, y se encamina  
hacia más puro ambiente de amor y caridad.*

*Rencores. ¡De qué sirven, qué logran los rencores!  
Ni restañan heridas ni corrigen el mal.  
Mi rosal tiene apenas tiempo para dar flores  
y no prodiga savias en pinchos punzadores:  
si pasa mi enemigo cerca de mi rosal,*

*Se llevará las rosas de más sutil esencia,  
y si notare en ellas algún rojo vivaz,  
será el de aquella sangre que su malevolencia  
de ayer, vertió, al herirme con encono y violencia  
y que el rosal devuelve trocada en flor de paz!*

Francisco Soler

# Bolívar

♦♦♦ **Y** BOLÍVAR, el "Washington de Colombia", el "Libertador Bolívar" ha desaparecido también sin dejar fama. Melancólicas litografías nos lo representan como un hombre de cara larga y anchurosa frente, de aspecto adusto, reflexivo, conscientemente reflexivo, de nariz ligeramente aguileña, con mandíbulas de una angulosidad terrible y ojos oscuros y profundos, un tanto juntos (circunstancia esta última de la cual deseamos ardientemente que sólo la litografía sea culpable): tal es el "Libertador Bolívar", hombre de duro batallar, de duro cabalgar, de múltiples dotes, aflicciones, heroísmos e histrionismos en este mundo; hombre muy sufrido y de muchos arbitrios; muerto hoy y olvidado, y de quien, con excepción de la litografía melancólica,

el público europeo conoce poco menos que nada. Y, sin embargo, ¿no anduvo de un lado a otro, muchas veces como un desenfrenado, con su indómita caballería envuelta en mantas, y su guerra de emancipación "a muerte"? Cubierto con su manta,—*poncho* llaman los sudamericanos a unas mantas cuadradas con una corta abertura en el centro para pasar por ella la cabeza y dejarlas colgando,—cubierto con su manta y sin llevar absolutamente otro vestido, más de un jinete libertador ha cabalgado por aquellos ardientes climas y ha combatido valerosamente, también, envolviéndose el poncho en los brazos para lanzarse a la carga.

Con semejante caballería, y con la correspondiente artillería e infantería, recorrió Bolívar, combatiendo sin cesar, a través de tórridos desiertos, de cálidos pantanos y despeñaderos situados en la región de las nieves eternas, más leguas de las que Ulises alcanzó nunca a navegar: tomen nota de ello los futuros Ho-

meros. En más de una ocasión marchó por Los Andes, hazaña semejante a la de Aníbal, sin parecer atribuirle mayor importancia. Muchas veces vencido, expulsado de la Tierra Firme, volvía de nuevo y de nuevo combatía encarnizadamente. Ganó en las regiones de Cumaná la "inmortal victoria" de Carabobo y varias otras; a sus órdenes se obtuvo la "victoria inmortal" de Ayacucho, en el Perú, donde la vieja España quemó pólvora por última vez en aquellas latitudes, y huyó luego para no volver. Fué dictador, libertador, casi emperador si hubiera vivido. Unas, tres veces en solemne parlamento colombiano renunció la dictadura con la elocuencia de Washington, y otras tantas cediendo a súplicas reiteradas, la reasumió por ser hombre indispensable. Tres veces, o por lo menos dos, formuló con gran trabajo una constitución libre que instituía "dos cámaras y un gobernador supremo con facultad de designar sucesor", la más razonable de las constituciones democráticas que

se pueda en verdad imaginar, y dos veces, o por lo menos una, al ensayarla el pueblo la declaró inadmisibile. Era de tiempo atrás muy conocido en París, en los círculos disolutos, filosófico-políticos y otros. En más de una alegre *soirée* parisiense ha brillado este Simón Bolívar, y en sus últimos años, en el otoño de 1825, recorrió triunfante el Potosí y las fabulosas ciudades del Inca, circundado por nubes de indios que danzaban y prorrumpían en gritos de guerra, y “cuando se avistó el Cerro, montaña metalífera, echáronse a vuelo todas las campanas y tronó la artillería”, dice el General Millet. Si no es éste un Ulises, Polítas y Polimeto, ¿quién habría de serlo? Es, en verdad, un Ulises cuya historia valdría la tinta que en ella se emplease, sólo con que apareciera el Homero capaz de escribirla.

.....

THOMAS CARLYLE

(Trad. de Luis M. Drago)



## El punto final

30 -

**E**RA uno como gineceo de cincuenta doncellas enmarcado en una delta de tormentoso río y cercada la salida con alambre de púas.

Dulcemente vagueaban las cincuenta reclusas por la amplia llanura, sin pensar más que en el ramoneo de cogollos abiertos en la mañana; y al medio día, cuando el sol clavetea sus rayos en la tierra con fuerza vital, iban a soñar, metiéndose hasta el pecho en el agua del río, o echándose debajo de los písamos de la ribera, ligeramente cerrados los ojos y muele que muele con las quijadas.

Por la noche se acostaban en la playa de arena, y el río, copiando la imájen de todas y la del cielo, las incrustaba de estrellas y les mullía allá en el fondo un lecho de seda azul ensombrecida.

La vida era un encanto.

A ninguna le dolía su belleza, pidiéndole que la engarzara en el oro del amor. Andando pausadamente hacían ondular con refinada inconsciencia sus caderas redondas y satinadas, barriendo con el plumón de la cola los bichos que caían sobre ellas atraídos por la provocación roja de susangre.

Al otro lado del río había una hacienda cuyas dehesas llegaban hasta la ribera, y en las cuales perecaban en sosiego las bacadas tardías, mirando con indiferencia al gineceo que tampoco pensaba en franquear el murallón de agua que los separaba. Apenas si se saludaban con melancólicos bramidos después de que se iba el sol.

Una noche dormían en plácida calma las vírgenes del gineceo, cuando cruzó el río, como un bordonazo de arpa, el mugido de un toro que rondaba lentamente por la orilla opuesta, olfateando el aire que iba del gineceo. Al oír aquel preludio despertó Sultaneta, alzó la cabeza y escuchó.

Era una serenata de amor concertada en tonos bajos que, al desvanecerse, acababan como en un resbalón vibrante, a manera de rápido toque de clarín. Y vió Sultaneta a la luz de la luna que quien la daba era Mariscal, el toro de piel de sol y canela de la hacienda vecina.

Se levantó herida con el dulzor de aquellas notas y se acercó al río, entró un poco al agua y se detuvo. Mariscal, entre tanto, se envolvía en un pabellón de gasas plateadas, botando con las uñas olas de arena que la luna bruñía de blanco.

Sultaneta tomó un trago de agua, sacudió la cabeza, se dió golpes desordenados con la cola en el anca lustrosa y turgente y probó a entrar por varios puntos al río, pero le fué imposible; en aquel punto la corriente es de una turbulencia

salvaje: como si le diesen golpes en la cabeza, se retuerce y descoyunta el engranaje de sus ondas, formando un culebreo de colinas erizadas de espumas. Las balsas ágiles, al llegar junto a aquel escándalo, enfilan prudentemente por la orilla, evitando así el enojo del río que, a poco andar, vuelve a desmadejarse en el sempiterno sueño oriental con que sigue rodando a la sombra verdosa de los guaduales.

Mariscal conocía el peligro mejor que Sultaneta y ni una vez siquiera intentó salvarlo; ella, menos avisada, pasó la noche en una serie de amagos por aquí, por más allá, sacudiendo la cabeza, tomando a intervalos sorbos de agua y mirando con tenacidad a la orilla opuesta.

Al alba sus compañeras se dispersaron por entre los matorrales de la dehesa, y ella se quedó en la playa, sin fuerzas para abandonarla, hundidos tenuemente los ijares, primaverales y llenos la tarde anterior. Tenía fiebre.

Mariscal siguió botándole flores de fuego desde la playa y ofreciéndole copas de miel.

Al caer el sol estaba loca; muerto el dulce descuido de su carne, y un pesar de alegría en el corazón. Llegó el dolor de ser bella, y sintió que se rebotaba su ternura, indecisa hasta entonces en las reconditeces del seno. Los ojos, apacibles de suyo, se dulcificaron hasta la súplica, y el sosiego, desesperado como un pájaro envuelto en la

red, se debatía en su prisión, sorprendido con el atardecer de sus blancuras.

El Amor aleteando en torno a Sultaneta, con el brazo tendido a la otra ribera, le mostraba el Edén.

El río no aplacaba su terremoto de ondas, ni cesaba de lanzar ramazones y troncos a la playa.

Pasar por sobre tal devaneo era imposible; pero era más aún para Sultaneta pasar por sobre la rebelión de su juventud que se desenvolvía en los amplios círculos de una serpiente que despierta.

Y Mariscal, tornado en Don Juan e irresistible como él, doraba su ruego con gemidos y halagos, mas sin atreverse a subir por la escala y aguardando a que Sultaneta, desesperada al fin, bajase por ella. Y lo consiguió, porque apenas la noche suavizó con sus sombras la visión de las olas irritadas, olvidó la doncella el peligro: después de buscar entrada al río por mil partes se lanzó a hacer cruz con la corriente, desafiando el destino.

A poco se trabó la lucha legendaria entre el Amor y la Muerte. Ella hundía a Sultaneta en las vorágines oscuras del agua, haciéndole sentir la desoladora languidez del no más, y el otro se reía del paroxismo, ayudándole a surgir en copete fugaz sobre la cima de las olas convulsas; en un vaivén mareante se la tragaba el Abismo y la hacía emerger triunfante el Deseo.

Al fin logró zafarse de las fauces del dragón y seguir exánime, flotando casi, en busca de la ribera. Por último la alcanzó, y se detuvo ahí trémula de pasión y de miedo. Mariscal sintió que la pradera se inundaba de olores de nardo y jazmín, y voló al encuentro de Sultaneta.

El hato soñoliento reposaba; el aire florecía en joyas ardientes con los rubíes de los cocuyos flotantes; de un naranjal cercano se desprendía impalpable gasa de aromas que el viento descarmenaba hasta dejarlos en una ilusión; decoraba la luna con velos de novia el verjel y fulguraba el cielo abierto en azucenas de religiosa blancura.

Cuando la Reina de Saba, la morena estudiosa de ojos fatigados de pasión, fué a consultar al Rey sabio, éste le preguntó en una noche azul de cielos húmedos y hondos debajo de los sicomoros de su palacio:

—¿Conoces, agarena bendita, la canción de las canciones?

—Sí, mi señor, dijo ella; la sé, y adorables son tus labios que la cantaron.

—¿Te acuerdas? volvió a preguntar el Rey pasando un brazo por sobre los hombros desnudos de Belkis.

—¿De qué, portentoso señor?

—“Pónme como un sello sobre tu corazón, como un signo sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte, el amor; duro como el sepulcro, el

celo: sus brasas, brasas de fuego, llama fuerte”.

—¿No más? preguntó Belkis volviendo a él los ojos en que titilaban todos los astros.

—Sí tal. Sigue tú; has dicho que la sabías.

*Belkis.*—“Su paladar dulzura, y todo él deseos”.

*Salomón.*—Sigue.

*Belkis.*—No me acuerdo de más.

Y volvió al Rey los ojos moribundos de felicidad.

Los dos soberanos dejaron ir la noche recitando el Cantar de los Cantares, debajo de los sicomoros del palacio, hasta que la aurora, como si hubiese pasado la noche fuera de la casa de su padre, se apareció encendida en vergüenza.

Una noche y un día se estuvo Sultaneta en las praderas de Mariscal, pisoteando amapolas ardientes; pero a la tarde el veleidoso galán no andaba a su lado, ni ella lo llamaba. Pensó entonces en volver al lado de sus hermanas. Nadie la detuvo.

Vaciló poco rato en la orilla del río, y, como si fuera a tenérselas con un arroyuelo, lo acometió de frente con la indiferencia del que vuelve de la cima; no llamó a que le ayudasen a luchar contra la Muerte. ¿Y a quién llamar? El Amor, barquero del día anterior, andaba en la ribera opuesta rumoreando ternezas al oído de una de sus amigas del gineceo.

Nadó con displicencia hasta que llegó al cordón; ahí la tomó la corriente, como el can a la liebre medrosa que lo despertó, y en trágico peloteo la estrechaba contra el seno y la botaba hacia arriba, quebrantándole la fuerza y mareándola con su vaivén. En la ribera de su niñez no había un faro de luz rosada, como el que encendiera Mariscal para multiplicarle el valor, y el Abismo vencía.—Que sea, pensó Sultaneta. Lo mismo que la mujer del Levita al caer por la mañana junto a la puerta del hogar. Y se entregó resignada y obediente como se había entregado en el otro naufragio de sus ensueños. Se meció largo rato en la cima movible de las ondas, hasta que una de ellas, más piadosa, la arrojó a una orilla por donde el agua corría en sosiego; ahí se embarcó, muda su carne, sordo el oído y velados los ojos por una gasa azul.

Mariscal en postura elegante dió un bordonazo de arpa desde la pradera, y la Muerte sonrió acurrucada sobre la onda más peligrosa del río.

¿Cuál era el vencedor?

¿Cuál?

Un cuervo oscuro que, posado en un cuerno de Sultaneta, se iba agua abajo con la gran indiferencia. Con su porte melancólico y sugestivo era el verdadero vencedor puesto allí por el Desengaño, como un punto final.

SAMUEL VELASQUEZ.

(*El Gráfico*, Bogotá.)

## Dulce Francia! (\*)

CITO en este instante esas sedosas y bellas palabras de Juan Maragall, como para ponernos bajo su protección, a la manera del sacerdote que, antes de comenzar su plática, repite suaves versos del evangelio, para ennoblecer sus palabras, entonces consagradas a la expresión de cosas sacras.

¿Dulce Francia! exclama el poeta ilustre, en un arranque vehemente de devoción leal, en un homenaje casi heróico, de un alto espíritu, acaso en esa hora convertido en representante de la raza a que él pertenece por designación de arriba, a una nación que puede como Palas iracunda ceñir su frente alba con el casco guerrero, y blandir con sus leves manos la lanza de Ulises, también llevar la corona de los mancebos gimnastas, que en la palestra lucían sus desnu-

---

(\*) Palabras dichas en la noche del 14 de Julio del año presente en la velada que en honor de Francia celebraron los alumnos de la Escuela Normal de Costa Rica.



dos mármoles, y dejaban volar como bandadas de palomas consagradas a los dioses, palabras fáciles y ligeras, sonoras y hondas, y pulsar, después de las batallas, en las tiendas de los héroes, las li-ras divinas.

¡Dulce Francia!

Puesto a hacer el elogio de esa nación, me siento como invadido por un terror sagrado, viéndola frente a mí, grande como es y bella, con el gesto sereno de sus antiguos héroes, olvidada hoy acaso, de los lindos versos de Ronsard o de Musset, pronunciando en majestuoso tono los himnos épicos de Víctor Hugo.

¡La gran nación! Nacida para el cumplimiento de egregios destinos, como Minerva de la frente de un Júpiter Olímpico.

¡La gran nación! que durante largos siglos, como las vírgenes de los viejos templos, ha mantenido para dignificar al hombre, viva la luz del genio que preside los destinos de la tierra, mientras fuera de los santuarios, la tormenta fatiga el corazón de los hombres.

Ella ha nacido a la historia en un momento de grandeza del espíritu humano: se reveló cuando los romanos, olvidán-

dose del delicado Horacio y del divino Virgilio, y de las virtudes solemnes y modestas de su sabia república, se dejaron exaltar por la nobleza de Pompeyo y el arrebató juvenil de César, deseosos los legionarios de resolver sobre sus escudos de bronce la suerte del vasto mundo. Pero quien hace el equilibrio asombroso del firmamento, quien mantiene firmes en su pedestal profundo las montañas, y quien da leyes a las cosas, creó a su tiempo esa Galia que en sus nobles guerreros y en sus preclaros pueblos, desde entonces iniciados en el culto de la libertad fecunda, sofrenó la inquietud de los lacios y apaciguó sus soberbias lanzas.

Y desde aquellos días de su revelación, cada vez que el mundo ha necesitado de un escudo para defender las glorias efectivas del hombre, siempre ha habido un Vercingetorix, cuando no ha sido la nación entera, para salvar con el sacrificio esas glorias.

Y en las horas de la paz augusta, como la sabia Atenas pentélica, esta nación luminosa se ha consagrado en aumentar, si no en hacer, los tesoros de la belleza humana: con sus poetas delica-

dos o severos, con sus filósofos risueños, con sus pintores soberanos: mucha de la hermosura que es hoy el orgullo del hombre nos viene de allí, directamente de allí, casi solo de esa tierra misteriosa, como si a ello se la hubiese destinado, del mismo modo que, antes de ella, de las riberas helénicas, bañadas por un mar ligero, nos vino para eterno modelo el busto de Venus, las columnas del Partenón, los diálogos platónicos y los discursos de Pericles.

Invocamos tu nombre, Francia: porque tu nombre es un conjuro: nada diremos de tus reyes patriarcales a lo Enrique IV, ni de tus monarcas elegantes a lo Luis XIV, ni de tus maestros en el pensar, ni de tus líricos, ni de tus héroes, porque sabemos que todos los jóvenes audaces e ilustres, cuando quieran ennoblecen su vida, peregrinarán hacia ti, nación radiosa, a buscar en tus museos, en tus academias, en tus bibliotecas y en tus templos, los altos secretos de la cultura espiritual, y aun en los campos de batalla, la virtud de aquella fuerza que a veces necesita el varón para afirmar su destino, que aun los dioses también saben del escudo y la lanza.

Que sigan viviendo, Francia, bajo la protección de tus hados, tus museos y tus bibliotecas y tus templos, porque se diría que tú eres la razón de ser de una raza, aun cuando otros dicen que tú eres la razón de ser de un mundo.

ROMULO TOVAR

(*Inédito.*)

50-

## Nuevos reductos

**H**EMOS cambiado nuestro régimen político. Es mucho; pero dista considerablemente de ser todo. La masa de los habitantes de un país, se ve diariamente asediada por gran número de preocupaciones y cuidados, que no dependen de un modo directo de su forma de gobierno. Y esto llena, sin embargo, la mayor parte de su vida.

Un pueblo civilizado regula buena parte de sus actos por leyes escritas. Este hecho, fundamental desde el punto de vista sociológico, responde a una necesidad y constituye un peligro. La necesidad no requiere demostrarse; el peligro no es tan visible, aunque no sea menos real. Arranca de que las leyes se dictan en condiciones y circunstancias de tiempo, que van cambiando paulatina, pero inexorablemente. Pocas cosas han hecho tanto daño al mundo occidental, como el fetichismo inspirado por el derecho romano.

Por eso merece caluroso aplauso el Colegio de Abogados de la Habana, que ha convocado nuestro primer congreso jurídico. Esta convocatoria ha merecido despertar, y sin du-

da habrá despertado, la atención de cuantos se interesan porque saquemos todo el partido que debemos a la posesión del gobierno propio, a fin de mejorar nuestras condiciones de vida. Al conquistar la independencia, hacíamos realmente una solemne promesa de abrir más amplia y expedita la vía a todas las empresas e iniciativas que pueden contribuir a perfeccionar las relaciones entre los coasociados.

A mi noticia no ha llegado otro esfuerzo para mover y caldear la opinión a este respecto, que el del doctor Sarabasa en esta misma revista. Deseo reconocer su meritorio empeño, y secundarlo, desde mi punto de vista, y en cuanto esté a mis alcances.

El Colegio se propone, ante todo, estudiar las modificaciones que exige el código civil vigente. Desde luego parecería que se presentaba, como cuestión previa, la de si el mejor sistema de legislar resulta el de la codificación; y debo advertir que, dada mi manera de entender la vida de las sociedades, no soy partidario, en principio, de esta especie de anquilosis de las leyes. Digo en principio, porque en esta materia, más que en otra alguna, importa tener en cuenta las profundas raíces que echa la práctica inveterada en el ánimo de los pueblos. Y los de nuestro origen están ya más que acostumbrados a esos casilleros que llaman códigos. Por supuesto sin perjuicio de seguir legislando a chorro continuo; es decir, de

ir socavando el edificio que tan trabajosamente levantaron.

“El gusto por la codificación, decía Buckle, es una manifestación de la resistencia a la confianza en el progreso de los asuntos humanos.” Esta desconfianza del progreso, a la que hay que añadir el temor a la libertad de criterio, temor por el cual se esclaviza tantas veces al juez, son característicos de nuestras sociedades, amantes de la libertad en palabras, apasionadísimas por sus formas externas; pero avezadas a la servidumbre por la ponderosa herencia que sobre ellas gravita.

Sería para mí interesante saber el efecto que produce en la mayoría de nuestros letrados la manera especial de formular algunas de sus leyes, que tienen los anglosajones. Pudiera decirse que se trata de leyes condicionales, esto es, potestativas en el que se somete a ellas. Voy a citar el caso, sólo por su importancia, de la reciente legislación agraria en Irlanda. La ley Wyndham de 1903 establecía disposiciones minuciosas para que el arrendatario se convirtiese en propietario de la tierra que labora. La medida tenía un alto carácter a la vez político y social. Trataba, como todos saben, de realizar un verdadero traspaso de la propiedad territorial; y afectó en su acción inmediata a 250,000 arrendatarios. Pues bien, bastaba que un propietario se negase a vender, para paralizar en su caso la acción de la ley. Cuando en 1909 el gabinete liberal de Mr.

Asquith la modificó en provecho del arrendatario, todavía para que la venta fuese obligatoria exigía que la pidiesen las tres cuartas partes del total de los arrendatarios interesados en la transacción.

Con dificultad llegamos a comprender la que nos parece extraña latitud de interpretación, en materia legal, de que usan sus jueces. Todavía está bien reciente el efecto, de sorpresa en unos y de indignación en otros, que producían en Francia las sentencias y la actuación toda del juez Magnaud. Y se citan a cada paso entre nosotros, como materia de risa, las resoluciones de magistrados norteamericanos, a causa de las razones, nacidas de las circunstancias especiales e individuales, en que las fundan.

Fácil es invocar el respeto que debe inspirar la ley y la majestad de que la reviste el transcurso de los años. Pero todo esto, de que se ríen so capa los abogados listos, queda reducido a sus justos límites cuando se recuerda que la intensidad y complejidad de la vida actual nos hacen vivir con rapidez centuplicada, modifican las relaciones que se establecen entre los hombres más profundamente que antes, y producen nuevas necesidades a que hay que atender con urgencia.

¿Quién pudo pensar, hace medio siglo, en la extraordinaria latitud que ha alcanzado, y en los problemas que cada día presenta, el derecho internacional privado? Antes, al pasar de



una región a otra, en un mismo estado, cambiaban las leyes; hoy la tendencia a la unificación legal traspasa en reiteradas ocasiones las fronteras de los estados. Y no parece ya quimera irrealizable algo como la legislación federativa del mundo occidental. Bien claro lo están diciendo la unión postal, la unión telegráfica, la unión radiotelegráfica, la convención entre Francia y Alemania sobre telefonemas, la convención para proteger la propiedad industrial y comercial, la protección recíproca de las obras literarias, artísticas y fotográficas, la reglamentación internacional de letras de cambio y, ya que no puedo citar otros muchos casos recientes por no pecar de difuso, básteme señalar lo que significan las conferencias celebradas en La Haya de 1893 a 1904 para la unificación internacional del derecho mercantil, y las de Bruselas de 1905 a 1910 para la de las leyes marítimas.

Pero nada de esto sería posible, esta singular fermentación de los intereses colectivos de todo nuestro mundo resultaría estéril, sin una gran flexibilidad en las leyes; y nada vendría a ser más contrario a la gran necesidad a que responden esas capitales innovaciones, que el estrecho dogal de códigos a la usanza y semejanza romanas.

Mas siendo así que los tenemos, y, en cuanto mi vista alcanza, no hemos de dejar de tenerlos, empecemos por reducir su número todo o posible. ¿Por qué código civil y código del

comercio? ¿No entran todas las relaciones comerciales, y por tanto todas las formas posibles de contratación, en las relaciones civiles? Bien sé que el código mercantil es un fermento más que activo inyectado en el viejo código civil. Precisamente por eso hay que pedir su fusión. Esa sangre nueva irá llevando la vida a todas las partes momificadas.

Por la misma razón fundamental es de desear que todo lo pertinente de la ley hipotecaria vaya a ocupar su lugar en el código civil; de tal suerte que sea, como debe ser, una pieza armónica dentro de su engranaje. Un código y al mismo tiempo una ley sobre asuntos que pertenecen al código, no sirven más que para provocar colisiones, en perjuicio manifiesto de la aplicación del precepto legal. El santo y seña de toda reforma verdadera en el campo de la legislación debe ser: simplificar. En más de una ocasión he escrito que todas las leyes son, quiérase o no, provisionales. Hagámoslas, pues, sencillas, para que resulte fácil su reforma.

Teniendo en cuenta lo expuesto, se comprenderá por qué me asusta la petición reiterada en el cuestionario del Colegio de que se regule tal o cual materia "con la mayor minuciosidad posible". Por minuciosos que seamos, más minuciosa es la realidad que se burla sin el menor empacho de toda nuestra previsión. Las minucias no son sino trampas en que cea

el ciudadano que no es letrado, y con él, muchas veces, también el letrado.

Desde luego sólo plácemes merecen los autores de estas preguntas por las distintas materias que proponen, en que se refieren a las formas más modernas de la actividad humana, como pignoración de mercancías o valores públicos, hipoteca naval, marcas de fábrica o de comercio, patentes de invención, propiedad intelectual, cuenta corriente. Pero me parece que se debe estudiar con pulso lo pertinente a la nulidad del contrato por el cual se obligue el jornalero a trabajar más de ocho horas diarias. Esta cuestión es como el caballo de Troya; contiene en su seno una cohorte de problemas, y éstos pugnan unos con otros. Razones de humanidad parecen favorecer la prohibición, y razones de humanidad pueden aducirse para que se respete la libertad del trabajador en determinados casos. Como tengo dudas, y éstas son persistentes, no hago sino consignarlas.

Por lo mismo que abrigo las opiniones ya expuestas, veo naturalmente con temor la coexistencia del código civil y de leyes especiales, a que se refiere la pregunta 50<sup>a</sup>. Esto, hágase lo que se hiciere por evitarlo, abre la senda a más de una encrucijada, por donde se extravían, quiénes por inexpertos y quiénes por demasiado expertos. Ya hace algunos meses, dirigiéndome aquí mismo a los señores del futuro congreso, les rogaba que pidiesen y

formulasen leyes claras, sencillas y breves. Nada resulta menos claro, menos sencillo, ni menos breve, que esa duplicidad, cuando no es triplicidad o multiplicidad, de preceptos. "La ley se hace para todos, decía yo y ahora lo repito, y el mayor número no puede enfrascarse en la maraña de los largos articulados; ni puede, ni tiene tiempo, ni al cabo entiende." Y si este mal resulta de los largos articulados, ¿qué no resultará de una, dos y tres leyes pertinentes al mismo punto, o que se puedan presentar como tales?

A mí me parece, teniendo en cuenta la historia de la profesión de abogado, especialmente en pueblos tan empapados de la tradición latina como Francia y España, que la prolongada participación que han tenido sus miembros en los asuntos públicos ha alterado un tanto la conciencia de su verdadera función social. Esta, que no es esencialmente otra que la de consejo y defensa del ciudadano, en los casos de conflicto que se le presentan en la amplísima esfera de sus relaciones jurídicas, se ha ido cambiando, en no pocas ocasiones, en el poder y la facilidad de explotar esos conflictos, en provecho propio o en provecho de su clase. La legislación previsora debe esforzarse por reparar este mal hasta donde sea posible. Y pongo esta restricción, porque la complejidad de la vida moderna multiplica las relaciones entre los hombres y por consiguiente los casos de colisión.

Por eso si está bien y es conveniente a todas luces que una colectividad formada por abogados, como el Colegio de la Habana, se reúna para estudiar las reformas que demandan nuestras leyes y para solicitarlas del Congreso, no me parecería igualmente bien, ni conveniente, que fueran los abogados del Congreso los que particularmente las estudiaran y de hecho las adoptaran, modificaran o rechazaran. Porque no se trata de cuestiones de clase o profesión, sino de cuestiones vitales para la sociedad toda.

Por estas razones el daño posible se atenuaría no poco, si a los abogados que forman parte de los cuerpos colegisladores les estuviera prohibido ejercer, ni por sí, ni por otros, su profesión: es decir, tener bufete abierto o siquiera entreabierto. La constitución actual de Grecia, después de la revisión hecha por Venizelos en 1911, declara que no pueden ser diputados los notarios, los registradores de la propiedad, ni los abogados que sean consejeros de sociedades comerciales o de cierta categoría de empresas, si no renuncian previamente sus cargos. Como se ve, el caso, aunque más circunscrito, no puede ser más semejante al que indico, y descansa la prohibición en los mismos fundamentos.

No tengo datos para afirmarlo, pero tal vez a la influencia de los letrados en nuestros altos cuerpos deliberantes se deba, entre otras, la singular anomalía de que, entrado ya el

siglo XX, aún carezca Cuba del juicio oral y público en asuntos civiles. Esta reforma, de extraordinario alcance social, que sería un golpe contundente al viejo sistema colonial basado en el papeleo y en las demoras, ni siquiera se esboza entre nosotros, y no ha merecido mención, ni aun indirecta, a los redactores del cuestionario a que me estoy refiriendo, aunque tan bien intencionados, y tan minuciosos en otros extremos.

Me parece, pues lo he procurado con empeño, que advertirán el espíritu de aplauso y de estímulo con que he escrito este artículo. La reforma que procuran interesa hondamente a cuantos vivimos bajo la garantía de las leyes. Estas, por su misma naturaleza y por la intención con que se ha acogido a ellas el hombre en cuanto ha empezado a civilizarse, debían ser siempre protectoras; pero todavía, ni aquí ni en ninguna parte, logran serlo por completo. En otros países se aproximan más; es natural y conveniente y necesario que tratemos de no quedarnos a la zaga.

Para ello urge, ante todo, que no se acometa la obra a retazos, y que no se quiera comunicar apariencia de nuevo a lo viejo. Demos la prueba de que no vivimos en el momento actual sólo con el cuerpo, sino de que, gracias al disfrute de la libertad, se ha oreado nuestra mente, y, a la par del poder político, hemos sabido conquistar el poder de reformarnos. Más esclavo resulta quien se somete a un pre-

juicio que quien se somete a un déspota. Porque el déspota está por fuera y el prejuicio por dentro; la acción del uno es intermitente, y continua la del otro.

ENRIQUE JOSE VARONA

Vedado, 19 de junio de 1916.

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

# La elegía de Gray

ESCRITA EN UN CEMENTERIO DE ALDEA

## I

La tarde va a espirar, dobla la esquila;  
El hato va alejándose errabundo;  
Vuelve el gañán a su mansión tranquila,  
Y a mí y a las tenebras deja el mundo.

## II

Del paisaje se esfuman los perfiles  
En la sombra; no se oye más ruido  
Que el lejano cencerro en los rediles,  
Del moscardón el lúgubre zumbido.

## III

Y el grito con que el buho se lamenta  
En su torre de yedra tapizada,  
Contra el audaz que profanar intenta  
La solemne quietud de su morada.

## IV

A la sombra del sauce y de los tejos,  
Allí do en surcos se levanta el prado,  
Ya del sueño sin fin gozan los viejos  
Y rudos genitores del poblado.



## V

Ya de la aurora el hálito fragante,  
De las aves el trino cadencioso,  
La aguda trompa, el gallo vigilante,  
No interrumpen, como antes, su reposo.

## VI

Ya no ven del hogar la lumbre amada,  
Ni cuidados la esposa les tributa,  
Ni acecha el hijo ansioso su llegada,  
Y el primer beso con afán disputa.

## VII

¡ Cuántas veces la gleba hendió su arado !  
¡ Cuántas cedió la mies a su guadaña,  
Y dirigió su yunta por el prado,  
Y aterró el alto roble en la montaña !

## VIII

No desdeñe el altivo su tarea,  
Sus simples goces, su fugaz memoria,  
Ni el poderoso con desprecio vea  
De estos labriegos la modesta historia.

## IX

Puede rendir tributo a la opulencia,  
Al triunfo y al valor el mundo vano;  
Mas produce más dicha la inocencia  
Que el poder y que ¡ø genio soberano.

## X

La alcurnia y esplendor que el mundo aclama,  
La pompa, la riqueza, la hermosura,  
Todo muere: la senda de la fama  
Termina ante la abierta sepultura.

## XI

Y no los culpe la altivez odiosa  
De que en su tumba monumento falte  
Do en rica nave o bóveda espaciosa  
La adulación sus méritos exalte.

## XII

¿Podrán bustos y túmulos tallados  
Volver el alma a su mansión de tierra,  
Dar vida a cuerpos por la muerte helados,  
Mover el polvo que la tumba encierra?

## XIII

Quizá guarde este humilde cementerio  
Pechos do el fuego celestial ardía,  
Manos dignas del cetro de un imperio  
O de un laúd de célica armonía.

## XIV

Mas el fecundo libro de la Ciencia  
No enseñó sus tesoros a su mente,  
Mató su noble anhelo la indigencia,  
Y heló de sus instintos la corriente.

## XV

En su fondo insondable el mar oculta  
Muchas perlas de cándidos fulgores,  
Y en el misterio de la selva inculta  
Su aroma esparcen escondidas flores.

## XVI

Quizá duerme aquí un Hampden atrevido  
Que al tirano del pueblo vencer pudo,  
Quizá un Cromwell en sangre no teñido,  
Quizá algún Milton ignorado y mudo.

## XVII

Arrancar el aplauso en los comicios,  
La intriga y la traición ver humilladas,  
Colmar una nación de beneficios,  
Ver su historia de un pueblo en las miradas,

## XVIII

No fué su suerte: limitados fueron  
Lo mismo su virtud que sus delitos;  
Por entre sangre a un trono no subieron,  
Ni desdeñaron del dolor los gritos.

## XIX

Ni hipócritas cubrieron sus flaquezas,  
Ni el rubor de sus frentes ocultaron,  
Ni al altar del orgullo y las riquezas  
Vil incienso sus musas prodigaron.

## XX

Lejos del mundo y de su encono fiero  
Su modesta ambición vieron cumplida:  
Silenciosos cruzaron el sendero  
Del apartado valle de su vida.

## XXI

Acalla la quietud que aquí se encierra  
De la pasión el grito clamoroso:  
Parece que se alzara de la tierra  
Un himno santo de eternal reposo.

## XXII

Por librar estas fosas del insulto  
Algún frágil recuerdo las decora,  
Que en tosco verso entre la yerba oculto  
Fugaz suspiro cual tributo implora.

## XXIII

Aquí no hay pompa ni mentidos cantos:  
El nombre mal trazado, la edad luego,  
Y muchos textos de los Libros Santos,  
Que de otra vida le hablan al labriego.

## XXIV

¿Quién, presa del Olvido, en su agonía,  
Deja esta vida dulce y agitada,  
Y al dar su adios al esplendor del día  
No tiende hacia el pasado su mirada?

## XXV

En algún sér amante siempre espera,  
Y una lágrima exige el moribundo,  
Que aun en las tumbas el amor impera,  
Y arde en el polvo su calor fecundo.

## XXVI

Si alguien por la tristeza conducido  
Entre las tumbas meditando vaga,  
Y el fin del que la historia ha referido  
De estos despojos, cariñoso indaga,

## XXVII

Un viejo labrador conteste acaso:  
—“Siempre al rayar la aurora lo veía  
Hollando escarcha, con ligero paso  
Ir a la loma a saludar al día.

## XXVIII

“Y a la hora de la siesta, al pie del roble  
Que sus raíces caprichoso enreda,  
Lo vi mil veces meditando inmoble  
Junto a la fuente que entre guijos rueda.

## XXIX

“Y sentado a la vera del camino  
Al volver del trabajo lo encontraba  
Oyendo de la alondra el dulce trino,  
Y contemplando el sol que se ocultaba.

## XXX

“A veces por el bosque discurría  
Recitando monólogos extraños,  
Ya mostraba amargura, ya ironía,  
Ya la angustia de rudos desengaños

## XXXI

“No asomó una mañana en el collado,  
Ni al pie del alto roble, ni en la fuente;  
Otra mañana vino, y en el prado  
Lo busqué, y en el bosque, inútilmente.

## XXXII

“A la otra, paso a paso, a la capilla  
Lo llevaron con fúnebre cortejo.  
Ved de su losa la inscripción sencilla  
Bajo ese espino descuidado y viejo”:

**Epitafio**

## XXXIII

Un joven sin renombre ni fortuna  
Aquí reposa en perdurable calma;  
No desdeñó el saber su humilde cuna,  
Mas la tristeza se adueñó de su alma.

## XXXIV

Fué generoso y fiel, su ardor fué santo,  
Y justo premio recibió del cielo:

Al pobre dió un tesoro, fué su llanto  
Y obtuvo un buen amigo, fué su anhelo.

XXXV

Los méritos y vicios que tuviera  
Dejad bajo esta losa sepultados,  
Porque ya en la balanza justiciera  
De su Padre, su Dios, fueron pesados.

Traducción de ROBERTO MACDOUALL

(De *Letras*. Asunción.)

## Lo sustancial, lo cualitativo

EN arte aprecio *lo cualitativo*, y no son los grandes desarrollos lo que me entusiasma, sino las grandes condensaciones. Por una bella frase de alta e intensa expresión, doy un libro entero, cuando el libro no se sale absolutamente de lo vulgar. Decir mucho en poco y decir bien: he ahí el secreto.

Este es el rasgo distintivo de los estilistas que lo son de veras. Ellos vierten el pensamiento en moldes propios y no lo esparcen, ni lo derrochan, ni lo malogran.

Pero es, sencillamente, que *tienen pensamiento* y la mayor parte de los escritores adocenados no lo tienen. Estos hacen el gasto con ideas generales y con lugares comunes. Piensan por cuenta del vulgo, lo que en rigor no es pensar.

En los estilistas hemos de reconocer a los escritores *cualitativos*, entendiendo esta palabra como yo quiero que se la entienda: como la indicación de la preponderancia de un elemento personal que se traduce en especialidades y profundidades de forma y fondo. Para especializarse



o personalizarse en el estilo, lo mismo que para profundizar en las ideas, para ser eficaz como escritor, se necesita recoger el espíritu.

Y para recoger el espíritu, lo diré otra vez, se necesita tenerlo.

\*

Las cosas eternas en literatura son siempre las cosas de concentración: los personajes representativos, típicos y cíclicos, las grandes simbolizaciones, los grandes aspectos de la existencia o de la conciencia humana. Más que la vida, las caras de la vida; más que las figuras, las aureolas; más que los dramas, los héroes; más que las novelas, los protagonistas. Vemos en Hamlet y en Don Quijote la condensación de la humanidad, la caracterización profunda que los extrae del fondo de la grey y los pone aparte, aislados y grandiosos, para que la representen mejor.

Valen por lo que significan universalmente, y el milagro artístico refleja el fenómeno humano. Esto es lo que yo llamo *cualitativo* en arte.

Arrancar bloques de la cantera, labrarlos y comunicarles una fisonomía en que todos reconocamos alguno de nuestros rasgos propios, eso solamente pueden hacerlo los escritores que poseen en el más alto grado *el estilo*.

El estilo no consiste en una modalidad del lenguaje o en un sistema de expresión, sino en algo psicológicamente específico, en una capaci-

dad misteriosa del alma para desdoblarse y hacer un *abstractum* en que se concrete lo eterno y lo substancial de las almas.

Toda gran obra literaria es un pedazo de humanidad y de vida iluminado por un cerebro vivificador.

El secreto de los artistas de primer orden está en que ven lo que hay debajo de las formas, de los seres y de las cosas, lo que no es cantidad.

\*

El hallazgo de una frase feliz concentradora, excusa en ocasiones por inútil la tarea de escribir un libro.

Cuando se llega a estas representaciones absolutas, se ha llegado a la mayor altura y a la mayor profundidad; se ha hecho todo el descenso, toda la exploración y toda la ascensión.

\*

¿Ejemplos? Los de los sumos creadores: Dante, Shakespeare, Cervantes, Goethe...

Esas águilas enormes lo han visto *todo* desde sus cumbres. El estilo era en ellos su propio movimiento majestuoso, y en sus obras pusieron la percepción de lo cualitativo.

\*

Vieron pasar el torrente de las almas y las redujeron a símbolos soberanos, inmensos, para hacer cada uno una creación universal.

\*

El soplo que pasa por esas inmensidades llenas de espíritu viene de la eternidad y va a la eternidad, doblando nuestras cabezas como el viento dobla las espigas.

Sentimos, anonadados, la grandeza del Génesis.

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ.

(*El Figaro*. Habana.)

## Cultivemos nuestro jardín

♦♦♦ **Y** VOLVEMOS al viejísimo pleito. ¿Quiénes tienen razón? ¿Los que visten a la vida de luto y llaman al mundo valle de lágrimas? ¿Los que lo gozan como una clara, inacabable sinfonía en rosa? Difícil sería que pudiera llegar a un acuerdo en tal debate la más ecuánime y cordial asamblea de hombres experimentados en este largo trabajo que es la vida. Porque lo menos malo que podría sobrevenir es que suspendida una noche la sesión, ya volvieran los sabios congresistas con nuevas ideas traidoras a las de antes, por el leve efecto de una mala digestión o de la sonrisa de unos labios predilectos. Y he aquí que la cuestión del optimismo y el pesimismo como todas las sometidas a la sensibilidad, como todas las que deforman la óptica rudimentaria del subjetivismo, quedaría fluctuando en la vaguedad de lo circunstancial sin que en concreto pueda fundarse un código de moral sobre la bondad o la maldad de la vida.

¡En cuántas contradicciones con sus mismas ideas no sorprenderíamos a nuestros autores amados, a poco que les aplicásemos con igual férrea cadena, el dogmatismo de Heráclito o

el dogmatismo de Demócrito! Nuestros más sinceros amigos literarios aun en sus obras de la propia época, pueden ser la misma cantera que provea de materiales a ambas opuestas teorías. Hartmann cita a Renán pesimista fallando que "en los modernos tiempos el optimismo hace sospechar en quien lo profesa alguna pequeñez de espíritu o alguna baja-jeza de corazón"; y Lubbock, el feliz autor de *La Dicha de vivir*, se ampara como epígrafe de su libro en otra frase de Renán optimista: "Es bueno haber vivido, y el primer deber del hombre para con el infinito, de que ha salido, es el reconocimiento".

¿En qué quedamos? ¿Qué especiales vicisitudes privadas del momento esconderán estos dos encontrados pensamientos de la suave paloma de Treguier?

\*

El pesimismo y lo mismo el optimismo pueden ser sin embargo una modalidad de nuestro espíritu, independiente hasta cierto modo de los factores externos. Sobre el elemento sociológico con que opera en nosotros el universo, persiste siempre—y esta es la observación original de los positivistas—el elemento biológico con que venimos al mundo. Y como pudimos nacer lobos o corderos, nacimos a veces húmedos pesimistas u optimistas a prueba de calamidades. ¿Quién puede

suponer después de una lectura de Schopenhauer que este hombre para quien "la vida es un negocio en que las ganancias no compensan las pérdidas", gozó hasta los setenta y dos años de una sabrosa existencia en que el dinero, la salud y la ausencia de dolores morales se combinaban para un máximum de felicidad terrenal? ¿Quién concebiría que aquél otro gran pesimista invertido que imaginó a Cándido y a Pangloss para burlarse del optimismo de Leibnitz, tuvo ochenta años endulzados por los deleites materiales y las adulaciones de los reyes? ¿Quién puede, yendo más lejos, imaginar la redacción de este libro tristísimo del *Eclesiastés*, en que el propio coronado autor se confiesa rodeado del más loco derroche de placeres que conociera la antigüedad, pudiendo decir: "Yo fuí magnificado y aumentado más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén"? Y paralelamente ¿quién asegura que haya sido camino de rosas el de esos hombres que bendijeron el hecho de haber nacido, no obstante pasar gran parte de la vida en una brega desesperada para rebasar de las lacerias de otros hombres, y aun para subvenir a las necesidades elementales; hombres como Leibnitz, como Rousseau, como Franklin?...

No puede ser un dogma absoluto la subordinación del prejuicio del placer o del dolor a las circunstancias prácticas que hacen aparentemente el molde del individuo. Hay seres

para los cuales no existe la vida exterior sino como un lejano espectáculo al cual asiste vagamente su conciencia. Es el caso de Hegel, del cual se cuenta que terminaba en Jena el 14 de octubre de 1806, su *Fenomenología del Espíritu*, sin saber cosa alguna de la sangrienta batalla que ese mismo día se desencadenaba en los alrededores de su ciudad, y que había de poner en peligro la existencia de su patria. ¿Con qué garantías pudiéramos buscar en la obra del gran organizador filosófico el efecto de las influencias externas coetáneas a su trabajo?

Pero estos casos de pesimismo u optimismos incurables, no se presentan con mucha frecuencia, y lo probable es que queden para ciertos espíritus eminentes, de personalidad tan densa y tan poderosa que para torcerla, poco o nada pueden los agentes del mundo conspirando contra ella. Lo regular es que de la combinación de nuestros impulsos y los ajenos, de nuestra estructura y nuestra educación, surja una resultante que no es por completo personal y mediante la cual, con la variación de una de las fuerzas convergentes, varíen también nuestros puntos de vista sobre el problema de la vida. Por eso es que hay épocas de pesimismo y épocas de optimismo.

El siglo XIX, sobre todo hacia sus años medios fué una centuria agudamente pesimista. En ella nacieron extrañas melancolías que

no conoció antes la humanidad; raras enfermedades de los nervios preocuparon a la ciencia, actos antinaturales, como el suicidio, se pusieron de moda. Hubo una voz tan autorizada como la de Proudhon para decir que si Dios existía, Dios era el mal. No podría esperarse de otra manera, a poco que se analice todo lo que hubo de crisis de las costumbres y las ideas en esa etapa que la historia marcará como una brusca época de transición. El siglo XIX demolió todo cuanto hasta entonces existía: religiones, filosofías, ideales políticos y estéticos, procedimientos de trabajo; no podían operarse sin dolor todas estas enormes heridas en los hábitos humanos. Influyó sobre todas, la causal de los descubrimientos industriales: cada invento importante alteraba de una manera sustancial el sistema económico de una generación, poniendo en peligro momentáneo a grandes masas sociales: la máquina de coser, la locomotora, el telégrafo, todos tienen su episodio de sangre y de lágrimas, sus sobrantes de brazos y sus negaciones rabiosas; y la rapidez con que el ingenio humano excitado fué produciendo estos multiplicadores de nuestra energía, no daba tiempo al espíritu a acomodarse reposadamente a ellos, volando en un salto de la calesa al tren expreso, y de la vaguedad de los derechos del hombre a las nuevas fórmulas colectivistas de liberación económica, brotadas al calor de las grandes condensaciones obreras que fomentó la



moderna industria. Aquella transición, producto directo del súbito progreso mecánico, se reflejó naturalmente en el experimentalismo filosófico, y las religiones se tambalearon y el escepticismo bajó de las altas capas en que lo cultivaron al través de los tiempos un Luciano, un Montaigne, un Voltaire, hasta ser popular y democrático; repercutió en el arte y la literatura, y un furor loco de revolución contra el clasicismo llenó los cenáculos e inventó sucesivamente el romanticismo, el satanismo, el parnasianismo, el prerrafaelismo, el simbolismo.... Tal exaltación imaginativa, tal brusco despertar de las facultades creadoras, tenía forzosamente que resolverse—por lo menos hasta tanto la humanidad se conformase al nuevo molde—en un agotamiento nervioso, en un cansancio de la voluntad con todas sus secuelas morbosas consiguientes. Cuatro siglos antes había sufrido una análoga crisis el espíritu universal, cuando el Renacimiento dotó a la humanidad de un ramillete de prodigios mecánicos tales como la imprenta, la pólvora o la brújula: entonces el florecimiento imaginativo condujo eventualmente a los hombres a la más extraña embriaguez de crímenes y corrupciones. En el siglo XIX, el corolario ocasional del paso de las sombras a la luz, fué el pesimismo. Max Nordau, al crear en una novela mediocre un tipo de moderno Hamlet, llamó a esta enfermedad *el mal del siglo*.

Y he aquí que el arte, espejo eterno de la vida, y en él la poesía, fué también pesimista. Es decir, tal vez no lo fué manifiestamente en las obras de ciertos genios poderosos de las proporciones de Víctor Hugo, Carducci o Lord Byron, montañas del intelecto cuyos trabajos eran altas erupciones volcánicas descollando sobre las épocas y las circunstancias, sólo armónicas con los vastos horizontes de la gran cadena de la humanidad. Pero ya hemos convenido en que el genio es un fenómeno de excepción que de todas las órbitas lógicas se sale. En cuantos no llevaron esa marca de dioses mayores, el pesimismo, la melancolía, la desesperanza en todo esfuerzo, fué la dolorosa pátina de su obra. Y el gusto público, como contagiado en las mismas convicciones negativas, le otorgaba preferentemente sus sufragios sorbiendo con un deleite sádico la quintaesenciada retama de Enrique Heine, los exquisitos desfallecimientos de Leopardi, las resonantes imprecaciones de Espronceda, las dolientes quejas, finamente teñidas de ironía, de Musset, las extrañas alucinaciones de belleza y de muerte de Baudelaire. Nunca, tal vez, destiló tanta espasmódica emoción el artificial lenguaje de la rima: al cabo, la tristeza tiene asilo de hermana en la casa de la poesía y llamamos todavía muy humano a lo muy triste; pero nunca tampoco se hizo sentir a los hombres tan agudamente, tan postradamente, el pesar sin consuelo de haber nacido.

Aquellos primeros arrebatos del año 30, cuando los fantasmas que pasaban por las frentes eran de rebeldía, de pelea, de redención, se apagaron bien pronto, dando el puesto a un soplo de cementerio que hablaba de renuncia y de sacrificios. Tipos característicos de este sombrío final del romanticismo son en la prosa los cuentos de Barbey D'Aurevilly y del Vizconde de Villiers de l'Isle Adam y, sobre todo, aquel marchito *Diario Intimo* del ginebrino Amiel. El comentado efecto del *Chatterton*, de Vigny, cuyo protagonista suicida dió márgen a cientos de suicidios en pocas semanas, se vió terriblemente repetido en aquel ciclo de locura melancólica....

\*

Hasta las postrimerías del siglo reinó sin treguas el pesimismo en la más augusta de las formas de arte. La nueva centuria tenía que restañar estas incomprensibles heridas de un cuerpo en plena salud, aunque sólo fuera para ratificar el apotegma de la sabiduría popular: "No hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista". En realidad, el arte no ha sido pesimista más que por excepción, tal vez porque nunca hasta en estos modernos tiempos fué por modo exclusivo el instrumento de la simple emoción individual. Como propulsor de las grandes energías humanas, utilizado como fué en las viejas edades para templar el valor de los guerreros o incensar la va-

nidad de los déspotas, el arte de la expresión verbal tenía que ser esencialmente optimista. Y la misma poesía de los comienzos de la Edad moderna, cuando fué amatoria fué galante y decidora; y cuando filosófica, estaba teñida por un baño religioso que la salvaba del pesimismo como de una blasfemia. Y cuando por milagro hallamos una nota de lúgubre desencanto, como las coplas de Jorge Manrique, es para asombrarnos ante su factura y su tono aislados en la producción de la época y diputarla por un curioso fenómeno de anticipación por cuatro siglos.

La literatura del siglo XX promete una reconquista de las saludables trazas del arte antiguo. Solo que el optimismo de esta nueva etapa—a la cual se puede acusar de todo menos de cándida—se asienta en más firmes y probadas bases. Y es que el nuevo optimismo se llama más propiamente *meliorismo*, fundamentado en una convicción de la perfectibilidad de la vida.

Ni un cielo ni un infierno. John Lubbock, cuyo libro *La dicha de vivir* ha venido a ser considerado como la Biblia de los optimistas seráficos que aún quedan, escribe muy convenientemente que: “si imaginásemos un creador ocupado únicamente en inventar placeres para los hijos a quienes ama, no podríamos concebir un solo elemento de felicidad que aquí abajo no se encuentre”. Bien está esa teoría para profesada desde el sillón presidencial de

la Cámara de Comercio de Londres, en que el Baronet Lubbock con la blanca peluca encasquetada, no podía ver los asilos nocturnos donde se duerme por dos peniques con derecho al desayuno.

Para estos casos escribió Bartrina aquella hereje redondilla:

“Dios es un juez para el vil  
A quien vicio y oro sobre;  
Para el malo, tonto y pobre,  
Dios es un guardia civil.”

Pero no hay razón tampoco para llevar hasta sus límites extremos esta doctrina radical que la filosofía refranera ha consagrado en la frase: “Cada uno habla de la feria según le va en ella”. El mundo tiene también términos de comparación dentro de un criterio absoluto: se puede, por ejemplo, establecer un paralelo entre las condiciones de la vida actual y la de hace dos siglos. En el siglo XVIII la vida práctica y aun las satisfacciones morales eran difíciles para las nueve décimas partes de la humanidad; hoy, adaptado el mundo a la velocidad del genio mecánico en producción; conquistados por los más que son los proletarios, algunas comodidades que antes quedaban en las garras ávidas de los menos; difundida por el abaratamiento una serie inmensa de placeres del espíritu: el placer de la lectura, el placer del ejercicio cívico, el placer del arte plástico que hoy tiene cromos y calaminas para el hogar del pobre, no

hay ya para los componentes del antiguo prejuicio del pesimismo aquel caudal de concausas tangibles que colaboraron a la visión del hombre triste que contemplaron Voltaire y Schopenhauer. Contra las estadísticas de Malthus que imaginaba para muy pronto la imposibilidad de la tierra para sostener a la humanidad multiplicada, hoy escribe Kropotkine que con el trigo que produce el Estado de Texas habría para salvar del hambre a toda la humanidad. Libre de terrores religiosos, libre aún de la comezón ideológica que devoró a tantos antepasados suyos por saber el origen del mundo, libre de cuanto pueda trabar el amplio juego de su pensamiento y de su expresión, el ciudadano del siglo XX puede considerarse relativamente redimido del pesimismo. Es verdad que con la gran difusión cultural ha sobrevenido una nueva inquietud que hinca perpetuamente su corazón: es la inquietud de la ambición que le hace crear nuevas necesidades a cada día, haciéndose más y más complicada la vida, no siempre con utilidad para su alma ni para su cuerpo.

¡Oh! Pero si ese es justamente el estímulo de que se vale para llegar al nirvana futuro, este moderno optimismo que se hace llamar *meliorismo*! Los melioristas comprenden que en la cosecha de bienes y males son muchos los que de éstos nos llevamos todos a la tumba; el mundo es bastante malo, confiesan, pero podría ser un poco menos malo

si nos propusiéramos reformarlo. No es el hombre un esclavo absoluto de su sino, como entienden los musulmanes, dando un aspecto místico al cerrado determinismo de Darwin. Para contradecirlo está la ambiciosa demostración externa de la ley de perfectibilidad. Si por ella no fuera, no tendería la humanidad a progresar perennemente; la historia del progreso es una prueba inconcusa de que alguna energía sobre nosotros mismos y sobre los demás puede manifestar nuestra voluntad. Y he aquí cómo la frase que en broma puso Voltaire en la boca del doctor Pangloss: "cultivemos nuestro jardín", es una fórmula de sabia filosofía y un programa de salvación práctica.

De este programa consolador del optimismo meliorista, que viene a dar la razón a Juan Jacobo cuando pensaba en la bondad inicial del hombre, nadie ha presentado una ecuación tan asombrosamente sintética como José Enrique Rodó: "Reformarse es vivir." ¡Curioso optimismo, que no es contento con lo actual, sino designio de perfeccionarlo! Pero al cabo en él hay un evangélico reconocimiento que al marco del optimismo lo sujeta, y es el de que no es absolutamente despreciable el barro de que nos hicieron. Tal es el lazo de familia que une a ciertos hombres tan disímiles, aparentemente: Eça de Queiroz, satisfecho con la tranquila armonía de las cosas en su estado natural, bien al ras de la tierra; Walt Whit-

man enamorado de la fuerza muscular, de la agresividad de los elementos, de cuanto le revela en el mundo moderno la infancia del mundo; Rodó, predicador de la voluntad como resolutivo de todos los misterios y obstáculos; Kipling, apóstol de una raza a la que canta creyéndola provista de luminosas comunicaciones con Dios... Y otros, y otros, que surgen a la voz del nuevo evangelio y que en la sombra buscan el amparo de los grandes focos que precedieron al movimiento: tales Nietzsche y Ruskin.

De ellos es el reino del mañana; de ellos, que predicaron que cada cosa tenía su lado bueno y que era obra de piedad el buscarlo. "Cada uno de nosotros, dice Ruskin, cuando recorre el camino de la vida puede, según sus obras, transformar todas las voces de la naturaleza en cantos de regocijo o secar y extinguir su simpatía en un espantoso silencio de desolación, en una lamentación de sus piedras y un torbellino de su polvo contra nosotros."

Cultivemos, pues, señores, cultivemos nuestro jardín....

JESUS CASTELLANOS

*(Anales de la Academia Nacional de Artes y Letras. Habana.)*



## Loores a San Isidro Labrador

*San Isidro Labrador,  
es tu vida castellana  
una cantiga de amor  
del marqués de Santillana.*

*Santo del pan y el arado,  
fué tu vida un manso idilio  
que el buen Dios halló olvidado  
En los versos de Virgilio....*

*¡San Isidro Labrador,  
que casaste con María  
la doncella que tenia  
en su alma un rosal en flor,  
porque habia en su corpiño  
santos y puros aromas,  
y la inocencia de un niño  
jugando con dos palomas....!*

*Y hubo fiesta junto al llar:  
Son de gaita y tamboril.  
¡Con alondras del pinar  
vinieron para cantar  
vencejos del campanil....!*

\*

*San Isidro, tu alma encierra  
el rubio sol de la espiga.*

*¡Eres verso de cantiga  
escondido entre la tierra....!*

*Siempre el Señor va contigo,  
y tu corazón, romero,  
va sembrando en el sendero  
para los pájaros, trigo....*

*Te ensalza y loa la moza  
que oye Misa con fervor,  
y luego, ardiente, retoza  
devota de don Amor....*

*y la del rostro moreno  
y el alma vibrante y pura;  
de loba la dentadura,  
y de virgencica el seno.*

*Y la del cabello endrino,  
de luz lleno el corazón,  
que te dió un beso y buen vino  
en el umbral del mesón,*

*y que hizo don a un labriego  
que volvía del trabajo,  
de un manojico de espliego  
que escondía en su refajo....*

*¡Y tu sangre hecha sudor,  
y tu sudor hecho pan,  
son los sembrados en flor  
y el rey de don Amor  
en la noche de San Juan....!*

# REPERTORIO BIBLIOGRAFICO

---

## Los varones ilustres de Pablo Jovio

QUIZÁ no haya en la historia universal una época más digna de estudio atento y de fervorosa admiración que aquella comprendida entre los últimos años del siglo XV y los primeros del XVI. En esos años está la magna obra de la humanidad, el florecimiento de la inteligencia, el imperio de la voluntad.

En medio de errores, plagas, crímenes, ruinas y licencia desenfrenada, todo se funda en aquel siglo creador: filosofía, matemáticas, astronomía, ciencias físicas, libertad de conciencia. El hombre, después de atravesar los círculos nocturnos de la Edad Media, parece que como Dante ve irradiar la claridad y divisa las estrellas. Después del siglo de Pericles jamás los hombres se dignificaron tanto como en el siglo de León X. Es el siglo de Erasmo, precursor de Voltaire y restaurador de aquel terrible gesto socrático que ha destruído tantas cosas!

Pablo Jovio, humanista profundo y espléndido escritor, es autor casi ignorado no obstante haber pertenecido a la florida y clásica edad del Renacimiento y de habernos dejado

páginas brillantes sobre las cosas que vió y las ideas que hospedó su mente. Era lombardo; médico, obispo de Nocera, amigo y protegido de los Médicis a quienes tributó elegantísimas laudatorias. Recibía pensión de Francisco I, padre de las Letras, y como hijo legítimo de su tiempo era imperioso, interesado, mordaz, maldiciente, adulator. A orillas del lago de Como, patria de Plinio el Joven, edificó una suntuosa villa y para enriquecerla recogió los retratos de los más célebres "caballeros antiguos y modernos ilustres en valor de guerra", y al pie de cada pintura, puso a cada caballero su elogio.

Escribió también una *Historia de León X*, su protector, y murió anciano. "Jamás hombre pidió regalos con menos retentiva que él, dice su biógrafo Balzaco. No era estimado por lo que mira a sus costumbres, fué acusado de grande negligencia en rezar su breviario".

Los *Varones Ilustres* de Pablo Jovio pudieran ser lectura predilecta de algún moderno profesor de energía.

Es posible que Nietzsche, que tanto amaba al Duque de Valentinois, haya leído intensamente bajo los laureles florentinos, y ante las ruinas de Italia, estas páginas breves, pulidas, sonoras, crueles. Pero confesemos que es una lectura malsana que como narcótico oriental hechiza, maravilla, causa letales sensaciones de sensualidad, de fuerza, de resplandor, que

terminan en una melancolía diabólica. Al ver pasar rápidamente estas sombras terribles, magníficas, sombrías, imperiosas, siniestras, brutales, y su cortejo de oro, de púrpura, de pasión, de crimen y de sangre, piensa uno como Remy de Gourmont que la humanidad se ha feminizado, que los hombres, de esbeltos y crinados leones se tornaron en blandas ovejas. Con el cristianismo vino a menos, y pasó a ser vergonzante, mal mirada, la divina venganza, glorioso atributo de los Dioses, alabada por todos los grandes poetas antiguos: Homero, Esquilo, Sófocles, Píndaro, Sócrates. La venganza "más dulce que la miel" dió al hombre la brava fiereza del corcel salvaje, y por ella la crueldad tuvo en otros tiempos arrestos de insigne refinamiento y se escribieron con roja sangre heroicas gestas.

Va a desfilar el cortejo: "Este terrible rostro, por su inhumano y amarillento color, fiero y monstruosa hechura de cara y brava mirada de ojos, muestra la despiadada crueldad de Atila, Rey de los Hunos." Atila, de cuyos retratos de bronce nos habla Jovio, penetra en Francia, vemos pasar su caballería deslumbradora y volver grupas en los sangrientos campos de Scialon. Lo vemos después penetrar por Italia, destruir a Aquilea, Altino, Uderzo, Treviso y Padua y dirigirse sobre Roma, cabeza del Sumo Imperio, cuarenta años antes deslustrada por "el ladrón rey Alarico." Luego vemos la bestia

impía ablandada y rendida a la voluntad del viejo y santo León que le envió el Emperador, revestido con su mitra y una cruz de plata.

Ese es Narsés, esculpido como en medallas de plata por Procopio y Suidas, eunuco, chiquito, delgadillo, y, sin embargo, vencedor de los godos y libertador de Roma. Con estrategia mágica aplasta a Bultino "y el río Volturno, teñido en sangre, llevaba, agua abajo, los muertos al mar Tirreno."

Ese otro es el Máximo y Cristianísimo Emperador Carlo Magno, "de la barba florida, autor de un siglo dorado", reedificador de la ilustre Florencia, magnánimo y clemente.

Aquel es Federico, emperador, romano, llamado, por la color de la barba, Barbarroja, del feroz ingenio, amigo de armas y batallas y aborrecedor de la paz. Aún en la flor de la edad, baja a Italia, destruye a Tortona y, asolando el camino de Espoleto, entra en Roma a sangre y fuego, amedrenta al Papa Adriano y se corona en San Pedro. Más tarde doma a los milaneses y les manda salir de sus hogares y subir a las alturas cercanas para que desde allí viesan la destrucción y ruina de su soberbia Patria, "y Milán fué asolada y derribada por el suelo." Y tan grande fue la crueldad del Emperador que en medio del llanto del pueblo "fue arada la ciudad como campo, no para sembrar, sino para regarla de sal por escarnio." Ara igualmente a Cremona y Soncino, echa a Alejandro Senes

de Roma y pone en su lugar a Víctor Antipapa, turba lo divino y lo humano, y muerto Víctor lo reemplaza con Pascual, y a éste con Calixto, y a éste con Inocencio. Ya viejo, después de tomar a Filomela, incitado por las límpidas ondas del río Ferreo, como entrase con calor a bañarse, ahogóse en el río. Los milaneses, al volver a su Patria, esculpieron en un arco de mármol, sobre la puerta romana, la imagen de Barbarroja, de pie, con un dragón enroscado en las piernas.

El que le sigue es Farinata de Uberti, de antiquísimo linaje florentino. Baña de sangre güelfa a su Patria y empurpura las aguas del río Arbia por la traición del conde Jordán.

Este gran florentino tuvo una frase eterna. Como le aconsejaban, en vista de la parcialidad de Florencia por sus enemigos, que destruyese la ciudad: "Ténganla, dijo, en buena hora los Güelfos y sean señores de ella, si así está ordenado por Dios, que más quiero verla sana y salva en su poder que consentir que se haga tan cruel maldad. Quede, señores, nuestra Patria entera, para premio de los que fueren verdaderamente valerosos y dignos de ella. Quede salva, pues es universal madre de todos. Yo la defenderé hasta la muerte, aunque ande de ella huido y desterrado." Cuenta Jovio que estas palabras fueron tan vehementes que hicieron saltar las lágrimas a los florentinos.

Aquel taciturno "monstruo del linaje huma-

no, que en esta fiera y arrugada frente, ojos de víbora y palor inhumano muestra la bravura de su indómita condición", es Azolino de Padua. Era de linaje sajón mezclado con sangre italiana, engendrado "por conjunción prodigiosa de algunos malignos planetas". Arrojava a sus enemigos a cárceles espantosas donde consumidos de piojos, hedor, hambre y aflicción morían de dolor entre cadenas y los cuerpos podridos causaban la muerte a los demás desdichados aún vivos. No bastaban las cárceles, ni las manos de los verdugos y atormentadores para matar y atormentar y "tenía pena de muerte el verdugo que matase presto." Largos años fué Azolino el terror de Padua y de Italia, hasta que coaligados los señores de las ciudades vecinas atacáronlo con mala fortuna, al principio, y, venciéndolo después, tomáronlo prisionero, mas como su feroz ánimo no consintiese que le vendasen las heridas y no quisiese comer, estaba regañando los dientes con gesto contumaz, los ojos en el suelo, "y poco después Azolino, perseverando en su pertinacia, despidió su abominable alma, escapando de los tormentos que le preparaban." Su hermano, en cambio, su igual en crueldad, "vió quemar vivas sus mujeres e hijas y vió sus hijos ser cortados miembro a miembro, y él, en caballos uncidos, arrastrado de los pies y llevado por entre malezas, y sus miembros despedazados echados a las aves de presa y a las fieras."



Aquel otro de bravo y místico rostro, vestido de grana, con capa forrada en pieles armelinas, es Sarra Colona, violador de la religión y victimario del Papa Bonifacio Malefacio: "porque el papa, aunque sea soberbio, banderizo y avaro, y aunque haga cualquier mala cosa, no por eso pierde el poder y autoridad que Dios le dió".

Castrucio Castracana pasa victorioso y entra en Florencia renovando los celebérrimos triunfos de la soberbia Roma, ceñido de laurel y arrastrado por un carro tirado por búfalos.

Luego Cosme de Médicis, en cuya sepultura se puso esta inscripción: "Aquí yace Cosme de Médicis llamado por Decreto del Senado Padre de la Patria".

Luègo Jorge Castrioto, con su cimitarra, terror de los turcos.

Galeazo Esforcia, magnífico y lujurioso. "Porque era tanto el desorden que en aquel tiempo se usaba, especialmente entre las señoras más nobles, que la virtud de castidad era tenida por grosería y cosa ajena del palacio. Con lo cual Galeazo, como era inclinado al oficio, y digno de ser mirado sobre todos por su hermosura de rostro y vigor de su juventud, dábase desordenadamente a amores, y, satisfaciendo su deseo, andaba colgado de sus desvergonzados ojos....

Este es Ludovico el Moro, llamado así porque traía por empresa un moral, que es tenido por el más sabio de todos los árboles, porque

brotar tarde y no florece hasta pasado el rigor del invierno, y, entonces, brotando al seguro, da presto fruto.

Y este César Borgia que en sangrienta condición y despiadada crueldad parece que igualó los antiguos tiranos. "Fue engendrado de sangre ponzoñosa y simiente terrible porque tenía la cara cubierta de un colorado negro, con muchos barros por do le salía poco a poco materia." Tenía los ojos sumidos y una serpentina y cruel mirada parecía que echaba por ellos fuego, pero cuando se holgaba entre damas mudábalos maravillosamente en forma blanda y apacible. Húbolo Rodrigo Borgia, antes de ser Papa, en una romana del linaje de Vanozi "a quien por su hermosura y amorosa condición, y porque paría mucho tuvo casi por mujer legítima. Andaba de noche por Roma espantada, porque no viesen su deforme y terrible gesto. No hartó con tantas mujeres, forzó cruel y abominablemente a Astor Manfredo, mozo hermoso, y luego ahogó-le en el Tíber. La vida y muerte de este sangriento azote de Italia es muy sabida."

Nietzsche execró a Lutero por haber impedido el gran sueño de la humanidad antigua rediviva: César Borgia Papa!

Viene ahora el Cardenal Francisco Alidosio, lujurioso, goloso, desvergonzado, jugador, quien cayó al golpe de una brava estocada del duque de Urbino.

Después Tristán de Acuña, virrey de la Iu-

dia; de honestas y honradas canas, de fresca y verde vejez, vestido de ropa recamada de ricas perlas, reluciente de pedrería. Entró a Roma trayendo delante un unicornio y un elefante, aderezados con gualdrapas doradas, ostentando los trofeos de sus victorias, y conduciendo presentes al Papa León.

Pero ninguno como Marco Antonio Colona, que en pos viene, tuvo tan excelentes dones de natura, celestial gracia, fuerza y grandeza de miembros, hermosura de rostro, majestad de ancho y levantado pecho y espléndido lustre de roja barba.

Tras él Filiberto de Oranje que con esa color blanca como leche, zarcos ojos y cabello rubio, cerraba con los enemigos.

Y terminan este cortejo magnífico y terrible Federico de Urbino, Carlos de Borgoña, Jacobo Tribulcio, Antonio de Leiva, Andrés Doria, Fernando de Gonzaga, cuyo solos nombres tienen brillo de acero y claro timbre de medalla augusta, magnánimos caballeros de florentísima edad y nobilísimo linaje, sin pares en crueldad y ánimo belicoso, bravos varones consulares a quienes hizo grandes y espléndidos el delito!

CORNELIO HISPANO